REFLEXIONES ANTE LA CRISIS

DOCUMENTO FINAL DE LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA

Del 6 al 13 de julio se reunió la Asamblea de la Conferencia Episcopal Venezolana para estudiar la situación actual del país a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia. Desde el discurso inaugural pronunciado por Mons. Domingo Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo y Presidente de la CEV, se creó una expectativa en el país por el Documento que publicarían los Obispos de Venezuela al final de su reunión. El fruto de las reflexiones episcopales lo presentamos a nuestros lectores a continuación tal como fue dado a la luz pública al momento del cierre de nuestra edición. La insistencia de los Arzobispos y Obispos de Venezuela en que las medidas necesarias para salir de la crisis económica que vivimos no recaigan nuevamente sobre los venezolanos más pobres, y el llamamiento a elevar la calidad de la campaña electoral deben hacer reflexionar a los dirigentes del país.
En el marco de esta asamblea los Arzobispos y Obispos celebraron una Misa Solemne en homenaje al Libertador Simón Bolívar en los doscientos años de su nacimiento. A la concelebración, presidida por el Cardenal Lebrún, asistieron representantes de los poderes públicos, encabezados por el Presidente Luis Herrera Campíns. Este acto quiso ser una renovación del compromiso de la jerarquía eclesiástica venezolana con los ideales del Libertador y con la construcción de una patria libre y justa para todos los venezolanos. (N. de la R.)

INTRODUCCION

Al término de nuestra Asamblea Ordinaria y en la víspera del Bicentenario del Nacimiento del Libertador, nosotros los Obispos de Venezuela hacemos llegar a nuestros hermanos en la fe y a todos nuestros compatriotas un fraterno saludo con una palabra que nace de nuestro amor a la Patria y de nuestra condición de guías espirituales.

Durante estos días hemos estado reflexionando sobre la situación y perspectivas del país. El documento que ahora ofrecemos es fruto de ese trabajo y sobre todo de nuestra preocupación por servir a la comunidad nacional en circunstancias que reclaman un particular y decidido compromiso de todos los venezolanos.

Al examinar nuestra realidad no nos presentamos como expertos en materia económica, política o social. Tampoco nos colocamos al margen de aquella como jueces, sino que desde el corazón mismo de la patria asumimos corresponsablemente su destino. El enfoque de nuestra consideración quiere ser específicamente ético y religioso. Nuestra palabra desea ser de confianza y esperanza. Nuestra interpretación procuramos hacerla fundamentalmente a la luz del Evangelio y las proposiciones finales las fomulamos como Pastores de una Iglesia que se define como signo e instrumento de servicio, libertad y unidad en Cristo y en el espíritu del Año Santo de la Redención, invitación a una conversión y reconciliación que conduzcan a una fe y caridad más auténticas.

I. LA REALIDAD NACIONAL

Hace una década en nuestra declaración sobre la situación social del país decíamos lo siguiente:

"Para nadie es un secreto la situación económica envidiable de que goza Venezuela por los cuantiosos ingresos fiscales y las perspectivas del inmediato y notable aumento de éstos, por la creciente demanda mundial y alza constante de los precios del petróleo. Crece con ellos también la responsabilidad ante la historia de las autoridades e instituciones, de los grupos y personas dirigentes, en lo tocante al recto uso de estos recursos económicos" (Enero, 1974).

Y más adelante en el mismo documento subrayábamos:

"Consideramos que la justa administración de nuestras riquezas, tanto públicas como privadas, es uno de los más graves compromisos de la Venezuela actual, que de no proceder acertadamente, puede convertirse en una especie de "hijo pródigo" que lo consume todo viviendo disipadamente".

Los hechos han confirmado dolorosamente estas afirmaciones. Aquella bonanza, si bien ha favorecido avances en diversos órdenes de la vida nacional, ha permitido la agudización de deficiencias y lacras que ya entonces advertíamos: "desigualdad social y económica de la familia venezolana..., sed incontenible de placeres y de vida fácil..., peculado en sus diversas formas..., descomposición moral".

La riqueza no se ha traducido en un verdadero desarrollo integral del hombre y de la sociedad venezolana, debido a factores de orden internacional y nacional; estructural y coyuntural; institucional e individual, así como de orden ético y religioso. Paulatinamente hemos ido llegando a la actual situación de crisis nacional: disminución de los ingresos fiscales; fuga de divisas; perspectivas preocupantes para la recuperación en virtud de la crisis económica mundial; necesidad perentoria de renegociar la deuda externa y el deterioro de los términos de intercambio en el comercio mundial.

En estos momentos se nota un aumento significativo del desempleo total o parcial, con la consiguiente baja en el nivel y calidad de vida de amplios sectores, particularmente en los campos de la alimentación y de la salud. En el orden institucional, y pese a los esfuerzos de las autoridades se registran serias dificultades en el ámbito de la seguridad personal y colectiva. A esto se añade el declive cualitativo de la educación en los diferentes varios niveles y la problemática cultural y moral causada por algunos medios de comunicación social que publicitan el vicio y la agresión y al amparo de la libertad de expresión proponen modelos degradantes de la persona humana y de la familia, por lo demás foráneos y hasta contrarios a nuestra identidad e ideales.

Esta problemática nacional tiene lugar en un año electoral cuando todo tiende a politizarse de manera exclusiva y la lucha por la toma del poder opaca la objetividad del juicio, magnificando lo que divide y dificultando la indispensable búsqueda de consenso para el bien común nacional.

II. RETOS

Cuanto advertimos estos rasgos de la realidad nacional, no lo hacemos en actitud pesimista de cara al presente y el futuro. Y esto por varias razones: porque somos hombres de fe, para quienes la Historia es ámbito de la libertad innovadora y responsable del hombre y éste no se encuentra solo en el mundo, sino ayudado y sostenido por el espíritu del Dios Creador y Redentor. Y porque creemos en nuestro pueblo, en sus reservas morales, particularmente en momentos en que celebramos el Bicentenario de quien supo conducirlo a través del esfuerzo perseverante y creativo hacia metas de indepen-

dencia política, consolidación nacional e integración americana. El país cuenta también con una amplia y rica extensión territorial, con ingresos suficientes que, manejados con lucidez, honestidad y eficiencia pueden conducirlo a un desarrollo económico-social armónico y justo según parámetros de necesaria austeridad y solidaridad.

En este sentido, la desidia e irresponsabilidad que se reprochan al venezolano no las consideramos como algo congénito e insuperable, sino como una distorsión estimulada por la riqueza fácil de los últimos tiempos y por un consumismo que no es exclusivo de nuestro país.

Por ello, nosotros, como venezolano y Obispos, interpretamos la situación presente fundamentalmente como un desafío que es preciso enfrentar con hondo sentido de responsabilidad, con imaginación audaz y creadora, con decidido espíritu de trabajo y servicio, que permitan alcanzar los mejores resultados con los recursos de que disponemos. De manera positiva, al pensar en los protagonistas de la respuesta a este reto no nos referimos sólo a los dirigentes del Estado o de los partidos políticos, a quienes incumbe una tarea particular, sino también a quienes tienen la conducción de las Fuerzas Armadas, del Empresariado, del Sindicalismo; a los docentes e investigadores, a los miembros de los múltiples gremios profesionales, asociaciones y organizaciones sociales y religiosas de la Nación y, bueno es subrayarlo, a los jóvenes, fuerza de renovación social y esperanza de la Iglesia, a todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo quienes cotidiana y fielmente asumen su irrenunciable cuota de participación en la tarea de llevar este país hacia sus ideales y metas de justicia, libertad y fraternidad.

Esto indica que el problema, si bien tiene en el factor económico un elemento de singular importancia no puede plantearse y resolverse en términos exclusiva o prioritariamente materiales de ingresos y disponibilidades. Lo cual queda ilustrado por la desproporción manifiesta entre los recursos de que se ha dispuesto y los resultados obtenidos.

Al pensar en el progreso del país lo concebimos sobre todo, en la perspectiva de una estructuración más racional, auténtica y justa de nuestra sociedad, con especial atención a los sectores más desasistidos y marginados. Nuestra mirada se dirige a los densos núcleos humanos de nuestros campos y barriadas, a los desempleados y subempleados, a las poblaciones indígenas y en general, a todos aquéllos que han quedado en una u otra forma al margen de los beneficios en tiempos de abundancia y que ahora pueden resultar más afectados.

Al examinar la problemática nacional nos encontramos con una institución que por sí misma es de importancia básica para la existencia y buena marcha de la Nación y que por lo tanto ha de ser objeto de particular solicitud: la familia. Este sector se nos presenta con rasgos realmente preocupantes: a las deficiencias que tienen una explicación histórica se añaden aquéllos que en los últimos tiempos se han agudizado como consecuencia de una mutación en la concepción y estructura familiares, las provocadas por las contradicciones sociales, así como las provenientes de resquebrajamiento de la vida moral.

III. DE CARA AL FUTURO

En nuestro deseo de comprometernos a la estructuración de una sociedad venezolana más justa y humana nos hemos abocado durante estos días al examen de nuestra realidad nacional a la luz de una actualizada Enseñanza Social de la Iglesia: los frutos de este estudio, los proponemos a continuación en forma sintética, y queremos hacer de ellos norma concreta de nuestra acción pastoral.

En primer término estamos persuadidos que las respuestas y soluciones han de buscarse en la línea de una renovación de las organizaciones y estructuras políticas-administrativas del Estado; en una adecuación del proceso educativo a las metas de un desarrollo nacional independiente, equitativo y compratido; y en el fortalecimiento de un recto y efectivo comportamiento ético, tanto individual como colectivo, teniendo presente, por lo demás, la admonición del Libertador: "Sin la conciencia de la religión la moral carece de base". Como hombres de fe pensamos que una renovación tan exigente no tendrá éxito sin una vivencia del llamado del Señor: "convertíos y creed en el Evangelio" (Mc. 1,15).

En este sentido hemos de advertir que a la hora de asumir las responsabilidades y sacrificios necesarios para construir un mañana diferente, no hay que asignar a los pobres y desvalidos la cuota más onerosa; son los más favorecidos los que deben asumir en justicia las mayores cargas, porque mayores son sus posibilidades y hasta sus privilegios.

Es preciso igualmente destacar la urgente necesidad de abordar la problemática nacional con acentuado espíritu de solidaridad y servicio en la perspectiva del bien común. Nos parece oportuno reiterar lo expuesto en nuestro mensaje de Navidad de 1979:

"Hemos de mencionar también los desorbitados debates partidistas, las abusivas pretensiones sectoriales y las manifestaciones de intolerancia y violencia que malgastan el esfuerzo creador y constructivo, en circunstancias en que la Nación necesita de concordia para responder a los graves retos que la desafían tanto en lo que respecta a la producción y a la eficacia y responsabilidad de los servicios públicos, como en lo que se refiere a una convivencia social más justa y segura y a una mejor calidad de vida".

Esto adquiere peculiar resonancia ahora cuando Venezuela está urgida de consensos en cuestiones básicas para su porvenir y se prepara a una renovación democrática en los cuadros gubernamentales y legislativos.

De ahí nuestra exhortación a los partidos políticos para que depongan actitudes destructivas que dañan al país y se aboquen al diálogo y a la formulación de programas para resolver los graves problemas de nuestra patria.

Otra propuesta que hacemos se refiere al trabajo: hemos de considerarlo como una posibilidad y un deber de realización humanos y cristianos; instrumento irremplazable de desarrollo y servicio apremiante a la comunidad nacional. Hacemos un llamado a todos a asumir con nuevas energías el trabajo ya que la secuela más perniciosa dejada por el facilismo y la prodigalidad ha sido la pérdida del espíritu de laboriosidad. El trabajo es igualmente un derecho fundamental y en virtud de esto hacemos un perentorio llamado a la administración pública y al empresariado nacional para que ante la eventualidad de despidos y cierres, se tomen en cuenta más las consecuencias sociales y morales, personales y familiares, que el simple cálculo económico y lucrativo. Consideramos igualmente que debe actuarse con audacia e inteligencia, tanto en el sector público como en el privado hacia la generación de nuevos puestos de trabajo productivos, acordes al mejor interés nacional. A propósito de esto advertimos la necesidad de hacer un gran esfuerzo, en cantidad y calidad, en el sector agrícola y alimentario en general, campo particulamente débil y en el cual se juega no sólo la salud y supervivencia del pueblo, sino incluso la propia seguridad del país.

Las perspectivas de un desarrollo integral y consistente son difícilmente alcanzables sin el establecimiento y consolidación de la familia, pues es ésta la primera y fundamental escuela de toda virtud personal y cívica. A este respecto renovamos la exhortación que hicimos en 1974 con ocasión del "Año de la Población".

"El papel fundamental que la familia juega en la sociedad y en la Iglesia, la situación de crisis por la que aquélla atraviesa, así como la grave desintegración que presenta en nuestra patria, plantean a los miembros de la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad, la urgencia de una acción decidida hacia el robustecimiento de la institución familiar. Sólo así podrá ésta constituir la base sólida del engrandecimiento espiritual y material de Venezuela" (Familia, pobla-

ción y justicia", 1974).

Otro elemento sobre el cual queremos llamar la atención y que está en la base de la democracia es la afirmación y práctica de la igualdad fundamental de todos en un efectivo Estado de derecho; la promulgación de leyes justas y realistas, así como la recta administración de la justicia, no en función de intereses parciales o inconfesables, sino como expresión de la defensa y promoción de los derechos fundamentales del hombre y de la comunidad. Igualmenre exhortamos a todos los ciudadanos a un cuidadoso respeto de la Ley, de sus legítimos intérpretes y ejecutores.

Finalmente al concebir una respuesta a los problemas que confronta la Nación y al delinear una política coherente, tenemos que asumir con realismo y espíritu de solidaridad el ideal tan caro al Libertador de la edificación de la Patria Grande americana. Imperativo éste que se deriva también de la catolicidad de nuestro pueblo.

EXHORTACION FINAL

En el contexto de la celebración del Año Jubilar de la Redención de la humanidad, que constituye un llamado a la conversión y a las puertas del Bicentenario del Nacimiento del Padre de la Patria queremos reafirmar nuestra profunda confianza en las reservas del pueblo venezolano para realizar una nueva gesta: la de profundizar nuestra democracia mediante la reformulación del proyecto histórico nacional; la renovación de los valores cívicos y morales en el espíritu de nuestra tradición cristiana; la adecuación de la racionalidad científico-técnica a nuestro modo de ser; la búsqueda de una mayor eficiencia y eficacia en la acción.

La crisis que experimenta el país, antes que conducir al desaliento debe despertar nuestros mejores ideales y energías.

Ponemos estas reflexiones y deseos bajo la maternal protección de Nuestra Señora de Coromoto, Patrona de Venezuela y pedimos a Dios nuestro Padre, por Jesucristo su Hijo, en el Espíritu Santo, que conceda a todos los venezolanos, sabiduría y fortaleza para enfrentar y superar las dificultades presentes y edificar una Patria justa, libre y fraterna.

Caracas, 13 de julio de 1983

(sigue las firmas de los Arzobispos y Obispos de Venezuela)

CRISTIANOS ANTE EL 1o. DE MAYO

COMUNIDADES CRISTIANAS DE CIUDAD GUAYANA

La publicación de unas reflexiones sobre el Primero de Mayo puede aparecer desfasada. Sin embargo el hecho de que son producto de Comunidades Cristianas de Parroquias de Ciudad Guayana que juntas concretizan su ser cristiano en una realidad sociolaboral bien específica, nos parece justificar ampliamente su inserción en la presente edición. SIC se complace por tanto en ofrecerlas a sus lectores como signo de solidaridad con el deseo de que en el futuro se pueda celebrar "un Primero de Mayo en donde el Pueblo, trabajadores, mujeres y niños, vivamos la fiesta de La Unidad y Solidaridad Popular". (N. de la R.)

De nuevo celebramos el 1o. de Mayo. Recordamos la lucha de los obreros de Chicago por conquistar el derecho a una jornada de trabajo más humana. Hoy en muchas partes del mundo se celebra, o bien las luchas o victorias conseguidas por la cclase obrera, o bien, se celebra y toma fuerza y conciencia para seguir luchando por una sociedad igualitaria y fraterna.

Y hoy en Ciudad Guayana, muchos movimientos y organizaciones celebran de forma muy distintas el 1o. de Mayo. Pero, ¿podemos celebrar el 1o. de Mayo?, o de otra manera, ¿qué no podemos celebrar aquí en Guayana en este 1o. de Mayo? Cuando vemos la situación de la clase obrera, las condiciones en que vive y labora, sabemos qué no podemos celebrar. No podemos celebrar la estabilidad laboral cuando diariamente grupos de obreros son amenazados y despedidos de todas las empresas.., no podemos celebrar la mejora de nuestras condiciones de vida cuando con los salarios que recibimos cada día alcanza menos para sobrevivir..., no podemos celebrar el fortalecimiento del Movimiento Obrero cuando sistemáticamente ha sido desarticulado el Movimiento Sindical Clasista... No podemos celebrar la dignificación del trabajo cuando todos los días miles de trabajadores son expuestos a condiciones de ambiente y trabajo que hacen que nuestras propias vidas vayan deteriorándose. No podemos celebrar el silencio de la Iglesia cuando debería ser "voz de los que no tienen voz". No podemos celebrar la parcialización de los tribunales encargados de hacer justicia, cuando justamente hacen lo contrario.

Jesús vivió situaciones parecidas a las que hoy vivimos en Ciudad Guayana. Pero él encontró semillas de esperanza en medio de la desesperanza y la opresión que vivía el pueblo. Y eso es lo que hoy nos permite celebrar el 1o. de Mayo.

Celebramos que en medio de la dureza de la vida que nos imponen los poderosos, no cesa de latir en el corazón del Pueblo y sus verdaderos líderes el deseo de libertad; podemos celebrar en este Primero de Mayo los intentos que se dan aquí y allá de organización: pequeños grupos que viven de la esperanza de un movimiento obrero que va renaciendo; podemos celebrar al ver a los líderes obreros de Sidor, Alcasa, Venalum, Harbor rehaciendo el trabajo en la clase obrera; podemos celebrar, quizás con miedo, cuando surge la rebeldía ante los actuales falsos dirigentes obreros y crece la decisión de conquistar unos sindicatos que de verdad sean de los trabajadores; podemos celebrar el 1o. de Mayo cuando resuena en nosotros las palabras de los Obispos de América Latina cuando se reunieron en Puebla (México)... "La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" ...

-- "Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

-- Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de la crisis económica y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

-- Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales..."

Para muchos de nosotros que creemos en Jesús, que confesamos que es posible una sociedad justa y fraterna, queremos vivir la esperanza que tuvo Jesús; por ello en un 1o. de Mayo como el de hoy cargado de contradicciones, pensamos y por eso luchamos, para vivir algún día, un 1o. de Mayo que sea celebración de los derechos conquistados por los mismos trabajadores; un 1o. de Mayo que sirva para tomar conciencia del camino que la Clase Obrera tiene que seguir recorriendo, y no un 1o. de Mayo que es utilizado para olvidar la verdadera situación en que vive la clase obrera; un 1o. de Mayo en donde la celebración no esté cercada por el miedo al futuro, por la inseguridad de nuestros trabajadores, por la carencia de servicios educacionales y de salud para nuestros hijos. Un Primero de Mayo en donde el Pueblo, trabajadores, mujeres y niños, vivamos la fiesta de la Unidad y Solidaridad Popular.

Comunidades Cristianas de las Parroquias: UNARE, LAS BATALLAS, PRIMERO DE MAYO Y BELLA VISTA.